

EL HOMBRE POLITICO

La vida en colectividad tiene servidumbres penosas y satisfacciones de mayor o menor intensidad gratificante; pero lo que no se puede, en modo alguno, es desertar de ella, por mucho que uno ame la soledad o guste de gozar de intimidad absoluta. El caracter social del hombre le obliga a convivir - vivir con otros - cediendo porciones de su libertad y renunciando a parte de sus deseos y apetencias. Es la servidumbre impuesta por la organización colectiva para evitar, en lo posible, situaciones de conflicto. Contrariamente, por esta misma organización, - uno se siente arropado, protegido y de ella recibe los elementos o bienes que necesita.

Toda empresa - y la vida en común es la gran empresa de la que todos somos accionistas- requiere una dirección, un gobierno, que no puede ser ejercido multitudinariamente, por la evidente razón de que las decisiones serían imposibles si hubieran de consultarse a cada uno de los millones de seres que existimos. La actividad política, en la que se delega tal dirección, es inevitable. Los hechos son así, nos agraden o no. Otra cosa es que se haya inventado, para creernos protagonistas, el rito casi mágico de las elecciones, en el que mediante el simple depósito de un papelito, nos convencemos de que somos dueños del común destino.

Surge así el hombre político, el que nos ofrece realizar la acción pública de regir y dirigir un pueblo con arreglo a un vago é incierto programa, que nunca coincide plenamente con nuestros deseos, y siempre defrauda en su ejecución.

Interesa averiguar que clase de especimen humano - es este político, qué motivaciones le impulsan a dedicarse a una tarea que, en la democracia, siempre resulta transitoria y , en ocasiones, ingrata.

Lo primero que en superficial análisis descubrimos,-

con todas las excepciones que se quieran, es la apetencia de poder. Al político le gusta el poder y todo el prestigio, boato y popularidad que produce. Le satisface saberse conocido y reconocido, admirado y seguido por las multitudes partidarias que cualquier líder tiene, sea cual fuere su tendencia. Y no se piense que esto solo resulta válido para la cúpula; también lo es para los escalones - y mas humildes y subalternos. Todo aparato de partido se compone de un conjunto de líderes menores con aspiraciones de alcanzar el vértice superior de la pirámide.

Mas ¿por qué se desea el poder y cuanto conlleva? También con todas las honrosas excepciones que queramos, hay que señalar, de manera generalizada aunque precavida, un hecho: el político, en su vida privada, en su actividad personal, es un hombre gris, muchas veces un ambicioso fracasado, a quien la política le ofrece la oportunidad de alcanzar, en su confuso y en ocasiones oscuro juego, posiciones que nunca hubiera logrado. De ahí que sea raro encontrar en el quehacer político individualidades descollantes por sí mismas.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no acierte en su gestión ni que ésta sea negativa. Lo que sí puede desprenderse, lógica y lícitamente, es la incongruencia de que afectando la actuación de gobierno y dirección de un pueblo a un numeroso colectivo, no sea posible que los hombres más inteligentes, honestos y preparados que en él existen, lleven sus riendas.

La explicación, no obstante, es obvia: toda decisión política es una decisión ideológica. Prima, pues, sobre la racionalidad, el sentimiento y la fé casi religiosa de la base en el partido y en su líder, sin pensar que ha podido ser prefabricado por la técnica publicitaria.

Esto no es crítica sino simple análisis objetivo. Porque dentro de los inconvenientes y servidumbres que la democracia tiene, no deja por ello de ser el sistema menos desequilibrado hasta ahora inventado. Por otra parte, la dirección por figuras intelectuales cimeras, tal vez nunca conseguirá popularidad ni aceptación; la masa se mueve por impulsos instintivos, sentimentales o por intereses clasistas y momentáneos. La fría racionalidad, frente a aspiraciones inmediatas, la deja indiferente.

También existe una alta probabilidad de que un gobierno de personalidades muy intelectualizadas, no acierte a ver las necesidades reales, no sea capaz de conectar con la gente y sus deseos, por lo mismo que viven unas preocupaciones mas trascendentes.

El politico, por tanto, se transforma en una pieza necesaria para el funcionamiento de la organización social, mientras no se creen otros sistemas. No queda otro remedio que desear sepan y sean capaces, en los graves momentos, de subordinar sus intereses y ambiciones propios, a los colectivos.